

ALFREDO SANJINES G.

SUGRE, CIUDAD UNIVERSITARIA

Conferencia leida en el Circulo de Bellas Artes, en la Velada extraordinaria de gala celebrada el 29 de Abril de 1927; precedida de una carta del Excmo. señor don Luis Robalino Davila, Ministro del Ecuador.

LA PAZ—BOLIVIA

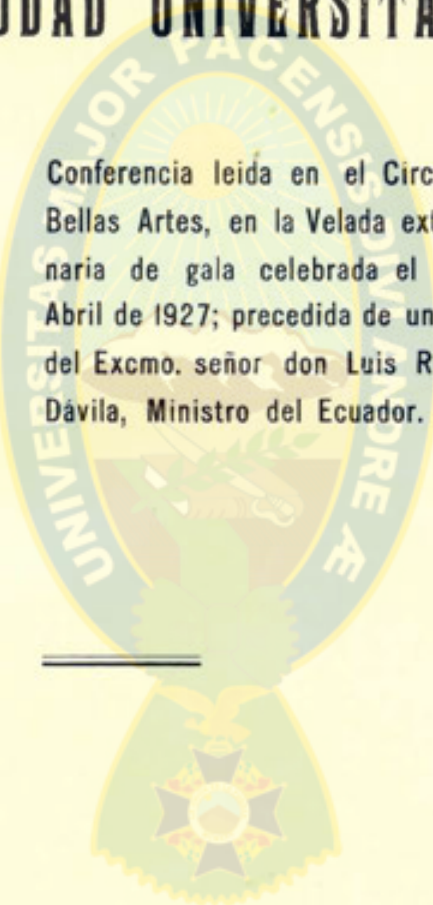
1927

2
01302

ALFREDO SANJINES G.

SUCRE, CIUDAD UNIVERSITARIA

Conferencia leída en el Circulo de Bellas Artes, en la Velada extraordinaria de gala celebrada el 29 de Abril de 1927; precedida de una carta del Excmo. señor don Luis Robalino Dávila, Ministro del Ecuador.



LA PAZ.—BOLIVIA

Imp. ARTISTICA. Ayacucho 75, 77

1927

Inventario No. 001871

Stencil No. 19-V-84

La Paz, a 11 de mayo de 1927.

Señor Dr. Don Alfredo Sanjinés.

Presente.

Muy distinguido y estimado amigo:

Hace muchos años, en uno de mis primeros viajes por Europa, residí varias semanas en Oxford, la célebre ciudad universitaria inglesa. Tuve así ocasión de visitar los veintidos colegios en que está dividida; admiré sus antiguas fachadas de piedra cubiertas de hiedra, la hermosura de sus parques austeros y de su río silencioso; sentí la poesía de las campanadas argentinas de *Christ Church* que suenan invariablemente a las 9 de cada noche, hace tres centurias ya, apagando las luces del Colegio desde que lo hiciera un Rey estudiante; aprecié la vida fuerte y viril de los alumnos de la Universidad que dividen su tiempo entre las bibliotecas y los deportes. En la vieja ciudad amada de Ruskin, se ha realizado el ideal platónico de la influencia de la belleza sobre la educación.

Al regresar a mi patria, seducido aún por el encanto de Oxford; avalorando la importancia de un centro cuyo ambiente sea única y exclusivamente intelectual, donde no distraigan a los estudiantes los mil afanes de una ciudad populosa; comprendiendo el grave mal que entraña en nuestros países jóvenes la facilidad de los estudios superiores en mengua de la escuela primaria y de labores de más urgente interés práctico; dándome cuenta cabal de la paradoja de llamar «Universidades» a pobres planteles que no responden, ni con mucho, al pomposo nombre; hablé, en charlas familiares, a tal cual amigo, especialmente a amigos cuencanos, de lo hermoso y útil que sería crear en el Ecuador una ciudad universitaria.

Cuenca, (Cuenca del Ecuador como la llaman algunos de sus hijos para distinguirla de la española), fué la ciudad que se presentó a mi espíritu como la elegida para sede de aquella Universidad de mi ensueño. No la conozco, pero me es familiar desde la infancia, pues mi abuelo materno nació en ella. Está situada en una fértil y riante planicie, cruzada por ríos que se deslizan tranquilos, sin la impetuosidad de los torrentes que bajan de los Andes en otras regiones de mi país. A 2.836 metros sobre el nivel del mar, goza de un clima paradisíaco, sin frío ni calor. Apartada del resto del país por caminos que un tiempo fueron fragosos (recién estamos tendiendo los rieles que le pondrán en comunicación fácil con las diversas partes de la República), Cuenca ha conservado su ambiente de ciudad hidalga, habitada por familias patricias, amantes de sus tradiciones. Su vida sencilla y patriarcal tiene sugestión irresistible; hay allí cristianos viejos y gentes austeras y nobles. Las faenas agrícolas y la industria de sombreros de paja son las ocupaciones de sus moradores. Los señores, consagran su tiempo a la vigilancia de sus haciendas y al cultivo de las letras. Cuenca, que posee una Universidad ilustrísima y cuyo suntuoso edificio se está edificando con mármol de aquella zona, ha dado al Ecuador algunos de los hombres más notables que tiene su literatura, especialmente poetas. Allí nacieron, Fray Vicente Solano, polígrafo asombroso; Don Antonio Borrero, historiador y escritor de alta valía, que sucedió en la Presidencia de la República a García Moreno; familias de hombres de letras, tales como las Arizaga, Malo, Matavelle, Córdova, de los que salieron escritores, oradores, diplomáticos; poetas de la suavidad de Miguel Moreno y de la alta inspiración de Luis Cordero, otro Presidente que fué del Ecuador. Y viven aún en el apacible solar cuencano, amándolo y enalteciéndolo, el doctor Honorato Vázquez, poeta, internacionalista, diplomático, profundo conocedor de los problemas internacionales de mi patria, y que es también un hombre «en el buen sentido de la palabra bueno» que diría Antonio Machado. Vive, así mismo, en Cuenca, el grande, el inmenso poeta Remigio Crespo Toral, crítico, además, de vasta envergadura y uno de los escritores más ilustrados de América. Y viven los hermanos Cordero Dávila, dignos sucesores de su ilustre padre Don Luis, y toda una brillante pléyade de jóvenes poetas y literatos que trabajan y producen siempre.

Otra de las tradiciones cuencanas es el cultivo amoroso del idioma. Allí están muchos miembros de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua; y el Académico

Correspondiente, Dr. Don Honorato Vásquez, durante algunos años de residencia en Madrid, «ganó algunas pesetas» en las veladas de los jueves del palacio de la Calle de Felipe IV, llevando a sus ilustres compañeros palabras nuevas y auxiliando a la Academia en sus trabajos de preparación de la XV edición del Diccionario de la Lengua Española, según me lo recordaba, con su afable buen humor, hace pocos años, en la Corte de España, Don Antonio Maura, Director entonces de la docta corporación.

Todo ello constituye para Guenca del Ecuador, nobilísimos títulos que le hacen acreedora a ser un día la Ciudad Universitaria, la Salamanca ecuatoriana, erigiendo en su Universidad siquiera las únicas Facultades oficiales, de Filosofía y Letras, de Ciencias Sociales y de Derecho.

Por tal causa, usted comprenderá, mi querido amigo, el interés y el placer con que escuché la otra noche, la bella conferencia, inspirada en sentimientos tan generosos, sobre «Sucre, Ciudad Universitaria».

Señaló usted en ella, con mucha razón, la justiciera necesidad de rendir culto a la tradición intelectual de la docta Chuquisaca y de darle honrosos medios de vida intensa; cómo en un solo centro universitario se modelaría el alma nacional; cómo, en fin, dificultando, en cierto modo, la consecución de los títulos académicos, por medio de la concentración universitaria, se lucharía contra el *doctorismo*, mal de Bolivia, según René Moreno, y mal del Ecuador igualmente.

Todas estas ideas, como usted lo expresó, fueron ya condensadas en proyecto de ley presentado a las Cámaras por el Poder Ejecutivo de Bolivia, en 1913; proyecto sepultado entre el polvo de los archivos, y que usted, remozándolo, saca ahora a la discusión pública, con hermosa fe en su ideal, y pensando, acaso, que la constancia no está precisamente en seguir siempre ese camino, sino en ir al mismo fin aunque sea por diversos senderos.

Leí con interés, así el Mensaje del Presidente Señor General Montes, como los informes legislativos y las diversas variantes que sufrió el proyecto, documentos que tuvo usted la amabilidad de facilitármelos. No sé si me equivoque al creer que la suerte corrida por dicho proyecto se debió, ante todo, a una idea que predominaba entonces en Bolivia, como en el Ecuador, como en varios países de Europa y América. Me refiero al culto exagerado que se rendía a los estudios superiores, a las Universidades. Teníase como signo evidente de la cultura de una nación el multiplicarlas a rosos y vellosos, indiscretamente, con mengua de la

instrucción primaria. Del mal de la multiplicidad de Universidades no nos quejamos sólo nosotros. Se oye la misma queja en países tan cultos como Suiza, por ejemplo, que tiene siete, las de Ginebra, Lausana, Neuchatel, Friburgo, Eerna, Zurich y Basilea. Qué diremos nosotros, atendida la cifra de nuestra población, con tantas Universidades que sólo tienen de tales el sonoro nombre?...

Y el culto irrazonado por los estudios superiores, en que entra buena dosis de vanidad nacional como de vanidadcillas lugareñas, origina, entre otros, los gravísimos males de multiplicar el proletariado de levita, desviar hacia estudios especulativos las fuerzas vivas de la nación que debieran emplearse en más urgentes tareas, según usted lo indicó. Todavía es verdadero en mi país, por desgracia—y en opinión de usted lo sería en Bolivia también—la aseveración de un compatriota mío, benemérito de las letras ecuatorianas, Don Juan León Mera, que allá por el año de 1866, dijo que en el Ecuador no había para los jóvenes sino tres malos caminos y un despeñadero: la jurisprudencia, la medicina, la teología y... la vagancia.

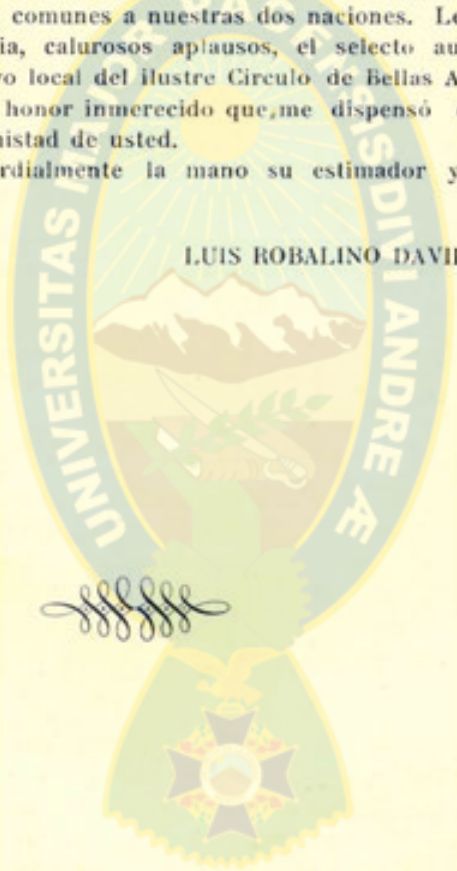
El otro mal, quizá el peor de todos, consiste en robar (el término es duro, pero no encuentro uno más apropiado), en robar a la escuela primaria, a la salvadora escuela primaria, sus fondos, que nunca serán suficientes, para malgastarlos en crear doctores onerosísimos. En 1914 o 1915, si la memoria no me es infiel, un joven literato ecuatoriano, el Dr. Don Manuel María Sánchez, Ministro entonces de Instrucción Pública, anhelando infiltrar en la opinión general el amor y el interés por la escuela primaria, secundado en su labor por varios otros jóvenes, entre los que descollaba el Señor Dr. Don Homero Viteri Lafronte, ex—Director de los Institutos Normales de la República y actual Ministro de Relaciones Exteriores; el Dr. Sánchez, digo, en uno de sus informes ministeriales, hizo el sugestivo y tan aleccionador cómputo que hiciera usted en su conferencia, sobre el costo de cada doctor, y lo comparó con el de cada escolar. La lección sirvió en mi Patria. Desde entonces data el impuesto sobre las sucesiones destinado a edificios escolares, que permitió levantar escuelas dotadas con todos los implementos modernos (como ha sucedido en Bolivia igualmente) y que, con la exageración propia de nuestro temperamento nacional, obra de lo que alguna vez llamara yo «nuestros excesos», nos ha hecho construir verdaderos palacios que sobrepasan con mucho a los modestos recursos de que disponemos.

Es absurdo y peligroso fundar edificios sobre arena: tener en la cima doctores y abajo pueblo analfabeto. La escuela primaria nos salvará. De ella y sólo de ella podemos esperar nuestra redención moral, intelectual, política y económica. Con miras también a tan noble ideal, abogó usted por la concentración universitaria en la docta y legendaria Charcas. Le felicto sinceramente.

Su hermosa conferencia, «Sucre, Ciudad Universitaria», me ha permitido charlar un momento con usted sobre estos temas importantes y que son comunes a nuestras dos naciones. Le tributo a usted, con justicia, calurosos aplausos, el selecto auditorio congregado en el nuevo local del Ilustre Circulo de Bellas Artes al que debo, además del honor inmerecido que me dispensó el gratísimo placer de la amistad de usted.

Le estrecha cordialmente la mano su estimador y buen amigo.

LUIS ROBALINO DAVILA.



Sucre, Ciudad Universitaria

La presencia de un conferencista sobre un tinglado, con un legajo de papeles en la mano y en pose para desbordar su ilustración, y, sobre todo, si el conferencista tiene por delante una garrafa de agua destinada a reconfortar su voz cuando desfallezca por la prolongada oratoria, es cosa que hace gracia cuando no asusta, y que siempre me ha producido a mi, personalmente, un terrible escalofrío, sobre todo si la conferencia se lleva a cabo en una gran sala oficial, en una noche de invierno y hay la perspectiva simpática de un baile para cuando termine el discurso. El auditorio en estos casos se halla, por lo general, curioso por lo que escuchará, pero la curiosidad desaparece instantáneamente así que el conferencista plantea su tesis. Luego se produce un sentimiento unánime en el público, que podría traducirlo alguno de los concurrentes, si hubiera más franqueza, es decir, si la cultura no lo impidiera, en esta forma: «Vamos, señor, su discurso está muy bien, pero por favor, térmelo pronto...»

Por eso cuando el distinguido ingeniero don Emilio Villanueva, presidente del Círculo de Bellas Artes, tuvo la gentileza de invitarme para que dicte una conferencia en esta sesión de gala, me dejó perplejo... Pensaba yo: una conferencia a mi cargo, lo que se llama propiamente una conferencia, es decir una disertación amplia sobre un tema determinado, ¿esto si que está gravel. Pero mi espíritu acaba de sufrir una profunda emoción y debo cumplir un ineludible compromiso moral conmigo mismo. Aprovecho, pues, de la gratisima oportunidad que se me brinda para hablar de ella ante el más destacado centro de cultura de La Paz. Conociendo la psicología del auditorio que asiste a una conferencia, es decir de esa relación silenciosa, de ese oculto y hostil estado de ánimo que se produce entre el público y el actuante, he de ser breve: apenas esbozaré a grandes rasgos una impresión,

para lo cual nunca más que ahora hubiera deseado que mi palabra tuviera alguna autoridad y que algún prestigio mío pudiera dar relieve a mis ideas. Me asiste la esperanza de que ha de hacer liviana la fatiga que pudiera yo producir en esta velada, la circunstancia de que, deseo, únicamente, poner de actualidad un asunto viejo, ya resuelto en principio y ámpliamente debatido varios años atrás por hombres eminentes de la República y cuya solución definitiva esperan con verdadera ansiedad patriótica todos los espíritus selectos de Bolivia.

No vengo aquí más que a desempolvar una hermosa iniciativa.

Y antes de entrar en materia, han de permitirme Uds. una ligera excursión sentimental por el escenario de mi elección, escenario simbólico pues él os evocará tiempos de antaño, épocas románticas en que juegan gran papel virtuosos prelados, doctos varones, ricos mineros, guerreros gloriosos y damas enamoradas; tiempos de lógicas secretas y reuniones misteriosas en las callejas oscuras de una ciudad tranquila, pero de un espíritu inquieto que incendió América, llevándola a una guerra implacable por la libertad, con las ideas surgidas de sus viejos claustros universitarios.

Evoquemos tiempos y cosas de antaño.

Una pequeña ciudad interior en ese enorme territorio que se denominó la Audiencia de Charcas, ciudad luminosa rodeada de pequeñas y suaves colinas. Allá por los viejos tiempos de la República se miraba pasear en ella, arrebozado en una amplia capa parda, a un joven general cumaneño de cabellos prematuramente blancos, al que, desde las lejanas sabanas de Venezuela le había traído su espada victoriosa. Después de una penosísima campaña, atravesando helados páramos, cordilleras inaccesibles, climas malos y tropicales, gozaba aquel de un clima admirable que le invitaba al sosiego de su espíritu y al bienestar de su aporreado cuerpo. Poco provecho le hacían, no obstante, el clima grato y el tranquilo ambiente. Por más que ansiaba el reposo se apoderaba de él un incontenible estado de inquietud, mejor dicho de excitabilidad de espíritu. Se preocupaba con pasión de los destinos de esa patria que tanto amaba y que se hallaba organizando, y, profundo filósofo, encaminaba su pensamiento escrutando en el horizonte dolorosas e inciertas lejanías... «Es esta una de las ciudades

más interesantes del continente,—decía a menudo,— tiene clima saludable y grato, tiene cielo diáfano, tiene campos fecundos en torno y construcción cómoda, pero yo siento en ella algo inexplicable...» Y al joven general de los cabellos tempranamente blancos q' caían sobre su hermosa frente nimbada ya por la gloria, se le veía recorrer por las luminosas y asoléadas calles de esa ciudad para él de gran predilección, con una preocupación constante, profundamente impresa en su expresivo rostro. Alguna vez, cuando departía con sus amigos, en medio de la quietud de un viejo patio castellano, bajo la sombra protectora de los árboles floridos y de los tiestos con yerbas olorosas, cuyos aromas sedantes podían, embriagándolo, amortiguar las irradiaciones de su cerebro y los impulsos de sus nervios, su espíritu vibraba más que nunca, creándole un temperamento que él era el primero en extrañar. «Hay algo,—repetía,— inexplicable que me agita, que me impele al estudio y a preocuparme de todo.»

Aquel militar cuyo ingenio relampagueaba a la par que el cielo que cubre las siete suaves colinas, era el Gran Mariscal Antonio José de Sucre, y era la bella, la blanca Chuquisaca, la ciudad que tan extraña influencia ejercía en el temperamento del «sabio, martir» y héroe del Apurímac, de Pichincha y de Ayacucho.

Muchísimos años antes, hacia el siglo XV, cuando el cerro de Potosí se desbordaba como un río de plata sobre el trono de la península española, muchos afortunados mineros del cerro rico, fatigados con el rudo trabajo del Ingenio, habían dejado el Asiento,— como antes se llamaba a Potosí,— y en busca de mejor clima dirigiéronse por las agradables quebradas próximas del Pilcomayo y del Gachimayo, estableciéndose en la Villa de la Plata que les brindaba un ambiente saludable y una abrigada campiña. Y así, «cuando menos seis meses del año, los del buen tiempo, residían en los establecimientos de beneficio, y el resto era destinado para pasar en la Villa donde la existencia era dulce y cómoda», apunta un cronista. La Villa de la Plata se hizo de tal guisa, en poco tiempo, el lugar de residencia de los mineros del cerro rico, que edificaron allí suntuosos palacios, iniciando una vida muelle, cortésana y aparatosa. Los romancés de amor de las damas de miriñaque con los galanes de capa y espada, aparejados con las estocadas en plena calle y el derrochar del oro a manos llenas, fueron en

ese entonces hechos comunes de la vida social. Quedan como anecdótico las suntuosas fiestas de las señoras de Urbina y Colquechaca, que en la locura de derrochar las rentas que les producían sus laboreos de minas, terminaban sus frecuentes convites arrojando a la calle la vajilla de plata.

Poco tiempo duró, empero, este aspecto fisonómico de la libertina y belicosa villa. Las grandes fortunas llevadas allí no pudieron prosperar ni arraigarse en industrias de buen rendimiento, ya que los pobladores de la Plata, como contraste al nombre del metal codiciado que llevaba esa ciudad favorecida con divisa real con torres y castillos y leones rampantes sobre campo de plata, prefirieron más bien orientar sus actividades por los campos especulativos que crearon en tal época el gran siglo de oro. Y presentóse también en forma manifiesta en los habitantes de la Villa, esa irresistible agitación espiritual que experimentara largos años después el egregio Mariscal fundador de nuestra República, inclinación definida de todas las épocas y de todas las generaciones que han pasado por la histórica ciudad, marcándole su misión intelectual para el futuro.

Y fué por ese entonces que invadió a la ciudad de las suaves colinas ese ejambre de doctores y de letrados que la han hecho clásica en los fastos de la colonia, y aquellos rudos mineros formados y enriquecidos en la brega del beneficio del Ingenio, parcos en el decir y pródigos en derrochar doblones, fueron sustituidos por otras generaciones de gente docta que se permitía hasta discrepar con las corrientes filosóficas que les llegaban del viejo continente.

Como natural resultado de ese ambiente espiritual nació la Academia Carolina, primera organización intelectual fundada en la Real Audiencia, destinada a profundizar las más elevadas especulaciones del saber humano, escuela de retóricos y de legistas que no aceptaban más vallas al campo abierto de sus discusiones que aquellas que pudiesen tocar a la santidad del Papa o al respeto al soberano español. Presidida por un Oidor designado semestralmente, era al mismo tiempo especie de Círculo de Bellas Artes y de Bellas Letras,—(el precursor de este cultísimo centro en el que nos congregamos ahora.—) constituida como instituto preparatorio para aspirar al famoso Claustro de Doctores. Y puntualizo la circunstan-

cia de que la Academia Carolina era presidida por un Oidor de la Real Audiencia, para hacer notar el alto predicamento que se le daba concediéndole tan señalado honor, pues tal era el respeto con que se miraba a estos orgullosos magistrados dueños de privilegios reales, que según refieren las crónicas, habiendo uno de ellos legado al morir su túnica a la Iglesia Catedral de Charcas, cuando los prelados sacaban el Santísimo, lo acompañaban con la túnica a manera de estandarte, como símbolo de la reverencia popular.

La Academia Carolina fué después foco de luz aún para los mismos Oidores de la Real Audiencia, y hoguera revolucionaria que incendió a toda hispano-américa. Fueron *carolininos* el gran chuquisaqueño José Bernardo de Montegudo y *carolininos* catorce de los veinticuatro miembros del Congreso de Tucumán, entre ellos Saavedra, Moreno, Castelli, Belgrano, así como los más descollantes afiliados a la famosa logia «Lautaro» fundada en Londres por el general venezolano Miranda, denominado «el precursor».

Para encauzar las corrientes intelectuales y disciplinar las ansias del saber que en ninguna de las ciudades de la colonia se manifestaba tan intensamente como en la de la Plata, vino después a fundarse el año 1624, a instancias del duodécimo Virrey del Perú, el brillante Príncipe de Esquilache, la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Francisco Xavier, encomendada a jurisperitos y teólogos de gran renombre y de cuyos claustros, famosos en la historia de América, saldrían los ingenios más preclaros que removerían, desde sus cimientos, los pueblos de este continente.

Honda fué la huella que dejó la Universidad en el alma de la ciudad del espíritu agitado. Entregada ancestralmente su cultura a gente de honor y de prosapia, a sabios varones e hidalgos caballeros y virtuosísimos prelados, su espíritu se formó con la recia contextura cabaleresca del viejo castellano al mismo tiempo que con su profunda religiosidad. Por eso tiene hoy Sucre esa delicadeza que seduce desde el primer momento a los que la visitan, y que la hacen reconocer como la ciudad aparente para modelar espíritus juveniles. (Si hay aquí presentes algunos chuquisaqueños, no atribuyan estas frases y las que vendrán después a esa desmedida galantería que se llama adulación. Les diré que no es para ellos ninguna gracia ser «tan distinguidos»; pues es un bien que les cae de herencia y cuyo mérito se debe reconocer únicamente a sus simpáticos abuelos que les legaron tan envidiable caudal).

Hay algo en Chuquisaca que determina a sus pobladores a tener su espíritu preparado para las más delicadas sensaciones. Ese su cielo diáfano, esa claridad y transparencia de su atmósfera, esa tranquilidad y paz que se disfruta en su campiña, obran, acaso, como un constante acicate para la vida espiritual. Su cielo electrizado, la fragancia de su ambiente, la paz que se disfruta allí, han hecho de sus pobladores un tipo especial e inconfundible forjado a base de nervios, de agilidad mental, de *sprit* y de cortesía, y, sobre todo, de una enfermiza y delicada susceptibilidad por el honor. ¡Bendita susceptibilidad! Ese mismo ambiente los hizo en tiempo de la colonia superticiosos y prontos para creer a pie juntillas en esas crispantes leyendas populares, que son hasta ahora tan difundidas, porque con su poesía traducen un estado de inquietud y podremos decir de *fosforecencia* que es la característica del pueblo chuquisaqueño. Las leyendas del *Tanga-tanga*, la de *las lucesitas ambulantes* y las de *las lagunas de luz de luna*, especialmente estas dos últimas, son de una gran fuerza de sugestión y de una extraordinaria delicadeza.

Cualquiera que visite Sucre en la actualidad, al recorrer sus silenciosos barrios evocadores, al visitar sus viejas casonas con portadas blasonadas, que se conservan como en tiempos de la colonia, al pasearse por sus parques tranquilos y perfumados, al sentir, en, fin la enorme quietud, no puede menos que exclamar: ¡Qué hermosa ciudad para los estudiantes! Sucre, la ciudad del silencio, es entre las capitales de la República la única que se presta para realizar el bello sueño de la creación de un gran centro universitario. Su situación central en la República, su clima agradable, sus medios de vida abundantes y baratos, la gran cultura de sus centros sociales, sus bellos y armoniosos panoramas, su honrosa tradición intelectual que hemos glosado tan ligeramente, son factores que la recomiendan para reconstituir allí ese viejo centro de cultura, gloria para la historia de cualquier país, la gran Universidad de San Francisco Xavier. Como Bonn en Alemania, como Harvard y Yale en los Estados Unidos, deberíamos los bolivianos preparar un gran centro universitario que irradie luz y verdaderos conocimientos a toda la República.

Reflejando un incontenible anhelo nacional y con el deseo de poner algún remedio al *doctorismo*, que al decir de G. René Moreno es el mayor mal que azota a Bolivia y la causa para el estancamiento de su progreso, y, al mismo tiempo, teniendo en vista interesantísimos aspectos educacionales, el Poder Ejecutivo envió a la Cámara de Senadores, en septiembre de 1913 un luminoso mensaje y un proyecto de ley que contemplaba, entre otras reformas universitarias, la centralización de las diversas facultades de derecho que existen en la República. El mensaje iba firmado por el Presidente Montes y por su Ministro Carlos Calvo. La iniciativa ya tomó forma concreta desde el año 1900 en que fué Ministro de Instrucción Pública ese preclaro patricio que se llamó Samuel Oropeza. El año de 1904, tres diputados, Antonio Marcó, Rosendo Villalobos y José María Suárez, informaron favorablemente un proyecto de ley sobre centralización de Universidades presentado por el docto jurisconsulto Juan Misaél Saracho que ha dejado tan honda huella en la instrucción pública. En 1908, un congreso de estudiantes reunido en Potosí con motivo de la celebración del centenario del gran Presidente Linares y al que, entre otros jóvenes intelectuales, concurren Celestino López, Alberto Cortadellas, Julio Querejazu, Guillermo Cernadas, votó también, entre sus conclusiones la centralización de Universidades en Bolivia. Los más brillantes Ministros de Instrucción Pública que hemos tenido en nuestro país han venido después recomendando, como urgente, esta reforma. Le han dado la autoridad de su prestigio cerebros como el de Juan Misaél Saracho, Andrés S. Muñoz, Daniel S. Bustamante, Bautista Saavedra, Carlos Calvo, Tomás Monje Gutiérrez. No ha habido agrupación intelectual ni programa político que no abogue para que se dé paso a esta reforma. Pero el mensaje especial enviado a la Cámara de Senadores en septiembre de 1913, tenía que debatirse en un medio en el que predominaban los intereses políticos y las estrechas consideraciones de campanario, y mereció al mismo tiempo que el informe adverso de la comisión, los honores de un apasionado debate. Aceptado al fin un proyecto de sustitución, el Senado acordó la radicatoria en Sucre de la facultad oficial de Derecho, en La Paz la de Medicina y en Oruro la Escuela de Minas, pero cambiando el espíritu mismo de la reforma propuesta, que quedó «deformada y maltrecha», disponiendo que podrían funcionar, con autorización del gobierno, cursos libres para las distintas carreras profesionales en cualquier punto de la República. Se dispuso, también, que los departamentos cuyas Facul-

tades quedaban suprimidas, tendrían derecho a cinco becas anuales. En esta misma ley se estableció en Santa Cruz una Escuela de Agronomía, una de Veterinaria en Trinidad del Beni y una de Agricultura en Tarija, disponiéndose, en fin, que la ley comenzaría a regir desde el 1.º de enero de 1915. Pasado el proyecto a diputados, la comisión dictaminó «proponiendo previamente el aplazamiento de la cuestión hasta la próxima Legislatura a fin de que sea debidamente estudiada.» Desde entonces, este palpitante problema nacional, víctima del nefasto provincialismo, que se ha presentado esta vez en la forma del microbio de la enfermedad del sueño, está durmiendo en los anaqueles del Congreso la friolera de 13 años...

Mientras tanto funcionan actualmente cuatro Facultades de Derecho, en La Paz, Sucre, Cochabamba, Potosí y cursos libres en Santa Cruz y Oruro. El número de alumnos inscritos, era el último año de 1926, según datos oficiales que hemos obtenido, de 496, con 41 profesores que gozan en total de una asignación anual de Bs. 97,200, según el siguiente cuadro:

| | | | | | |
|----------------|--------------------|----------------------|--------------|----------------|-------------------|
| Chuquisaca | 105 alumnos con | 8 profesores. | — | Asignación Bs. | 22.800 |
| La Paz | 105 | « | « 8 | « | « 24.000 |
| Cochabamba | 101 | « | « 8 | « | « 27.600 |
| Potosí | 80 | « | « 8 | « | « 22.800 |
| Santa Cruz | 65 | « | « 9 | « | —cursos libres |
| Oruro | 40 | « | no hay datos | « | « |
| Totales | 496 alumnos | 41 profesores | | | Bs. 97.200 |

Pero el promedio de alumnos que concluyen sus estudios es de 100 y de 50 el de abogados que se titulan anualmente. En el distrito de La Paz, que es el más importante, el año 1926 se recibieron 15 exámenes de abogados. Los demás estudiantes no llegan a terminar sus estudios y si los concluyen no se titulan, por diversas razones.

Es decir que de los 41 profesores, el tesoro fiscal sostiene 36 para 50 alumnos que salen graduados, anualmente, de las diversas facultades, desembolsando cerca de Bs. 100,000 por año, esto es de una cifra aproximada a medio millón de bolivianos en los cinco años

de Facultad. En números redondos podremos afirmar que cada abogado cuesta al país Bs 10,000. Estos datos que están muy próximos a la verdad demuestran sencillamente una situación absurda que no es posible prolongar por más tiempo. Es preciso, pues, adoptar en esta materia un programa de reformas radicales. El número de aspirantes a doctores es enorme en relación a la población del país. Si todos ellos llegaran a titularse sería de no vivir en Bolivia. Es necesario, como medida previa, limitar las inscripciones y suprimirsin condescendencias los cursos libres autorizados hasta el presente.

¿Para qué hablar entonces de las mil razones que determinarían la centralización de la Facultad de Derecho? Ellas son múltiples. De carácter económico: Bolivia es un país de evangélica pobreza, y no se puede costear el lujo de mantener cuatro malas Facultades. De selección de profesorado: a fin de conseguir especializaciones, tendiendo a la inmovilidad del magisterio. Por decoro nacional: para mejorar la calidad de los títulos, evitando así el mal humor con que los aceptan los países con los cuales tenemos tratados de reciprocidad.

En cambio, a través de cualquiera argumentación que se pudiera oponer, se observa siempre una manifestación retardataria o una garrulería tinterillezca de quien sobrepone el interés de aldea a un alto ideal de la nación. Sólo la distancia y las invencibles dificultades con que los estudiantes tropesaban antes de ahora para trasladarse de un punto a otro de la República, podían justificar el funcionamiento de tantas facultades de Derecho, pero ese inconveniente desaparece con los ferrocarriles que unen los diversos centros.

Hay, no obstante, algunos obstáculos de índole material que dificultarían aún la concentración de los estudiantes que quisieran establecerse en Sucre, ya sea para cursar en la Facultad de Derecho o en otros planteles de enseñanza que se podrían allí establecer, y este aspecto sí vale la pena de meditarlo. Generalmente, los estudiantes de facultad, no tienen los medios suficientes de fortuna para costearse la permanencia en una ciudad, mientras vencen sus cursos, y buscan un empleo para ayudar sus medios de vida, y en Sucre, en las condiciones actuales, ni en algún tiempo, habrían colocaciones que les permitan costear ese suplemento. Este aspec-

to tiene interés, y quiero tratarlo porque refleja hondamente la situación bien triste, por cierto, por la que atravieza el más culto y tradicional centro de nuestra república.

«Sucre,—me decía últimamente un brillante intelectual chuquisaqueño, Alfredo Jáuregui Rosquellas,—está en la situación de esos hidalgos arruinados que soportan silenciosa y heroicamente su decaimiento económico, por el puntillo de honor de presentarse con el decoro a que les obliga su abolengo. Cuando los chuquisaqueños salimos fuera,—decía,—y se nos pregunta cómo está Sucre, respondemos «muy bien, gracias», pero en tanto pasamos, aquí dentro, las mayores privaciones.» Esta situación es dura. De ella no tenemos la culpa, pero «no hay derecho» para hacerla soportar por más tiempo a un pueblo hermano. Un deber de alto patriotismo nos obliga a todos los bolivianos a buscar el remedio que la modifique radical y definitivamente. Y esa solución no puede ser otra que buscarle medios de vida permanentes, que se hallen de acuerdo con las especiales condiciones de su ambiente. No se podría improvisar en Sucre una ciudad fabril, ni industrial, ni levantar usinas ni grandes factorías, porque no posee condiciones industriales. El chuquisaqueño que establece en Sucre una industria es una excepción. En cambio, se puede hacer de nuestra bella capital, el mayor centro intelectual, especulativo y artístico, el mejor núcleo universitario de Bolivia: ¡la ciudad de los estudiantes! Pero es necesario llegar a esa transformación en una forma paulatina y racional. ¿Qué utilidad práctica puede producirle, por ejemplo, a Sucre, en el estado de abatimiento económico en que se encuentra y con su reducidísima población, el terminar rápidamente sus hermosos palacios, su monumental teatro y otras desproporcionadas construcciones, en cuya pronta conclusión cifra su orgullo, si esos edificios terminados constituirían para ella capitales absolutamente muertos? ¿Por qué no se dá,—en Sucre mismo,—mejor inversión a ese dinero? ¿Por qué no se le crean algunas actividades? ¡Qué distinta sería la situación de Sucre si llegara a retener allí una numerosa población estudiantil! Restringir, por el momento, el *doctorismo* en toda la República y pensionar en la capital el mayor número posible de estudiantes, creándole, en concepto de becas, una circulación segura de dinero: esa sería por el momento una solución. Con quinientos estudiantes de Derecho, de Teología, Farmacia, Dentística, con una Escuela Normal Superior bien organizada, una Academia de Música y Bellas Artes y una Facultad de Matemáticas Superiores y el número necesario de profesores

bien retribuidos, con sólo eso se habría llevado a Sucre el bienestar. Detrás de los estudiantes irían allí numerosas familias de toda la República, se crearían hondos vínculos entre ellas, y al calor de la muchachada que se congregaría de todos los sectores del país, al impulso generoso de los afectos que nacerían entre ellos, se haría una patria nueva a la que colaborarían después, sin odios, sinceramente, de todo corazón, los hombres de las diversas regiones. En un grande y único centro universitario, se modelaría realmente el espíritu de las nuevas generaciones, en las cuales ya no fructificaría esa planta malsana del regionalismo que hoy envuena la república entera. Y, cuando tan hermosa perspectiva fuera una realidad, veríamos cómo no se festejarían ya, en un aparente nacionalismo, como se hace hoy, con sesiones solemnes de Congreso y discursos vehementes de patriotismo, las efemérides departamentales, porque entonces, ya no haría falta exhibir afectos locales, existiendo realmente la concordia nacional.

Con esos lejanos mirajes debe ser reconstituida la gran Universidad de San Francisco Xavier, gloria de la América colonial. Y así como de sus viejos claustros salieron los renovadores de nuestra independencia, surgirían, también, en el futuro, los creadores de una nueva patria.

Por la tradición de su historia y por todos los factores que hemos señalado en el curso de esta conferencia, Sucre está destinada a cumplir una misión providencial: a ser lo que fué la Plata, lo que fué Charcas, lo que ha sido Chuquisaca: el foco que irradie luz, el centro donde forme su espíritu la patria del porvenir. Y nos toca a nosotros, los hijos de otros departamentos, a los que la naturaleza y el propio esfuerzo les dió mayor vitalidad, ser los primeros en plantear este problema y en mostrar, con toda franqueza, una solución real encaminada, sobre todo, a que resurja la vida de un cultísimo centro de la república, que está languideciendo: abrir el camino para que ésta reforma se lleve a cabo sin tropiezos. Las mas grandes ciudades no son las que tienen mas grande población, sino las que tienen mas grande espíritu. Seamos nosotros, los de La Paz, los primeros en pensar con grandeza. Sólo así seguiremos constituyendo el gran centro político de la república, la metrópoli que albergue a todos los bolivianos y cuide por el progreso general.

«La efectiva, real y radical concentración universitaria, es una necesidad que ya no se puede discutir ni aplazar,— me escribe el cultísimo Dr. Carlos Calvo al conocer el texto de esta conferen-

cia,—con ella se hará obra educativa, se encauzará a nuestra juventud hacia los estudios eminentemente prácticos, sin cerrarse las puertas a las carreras liberales, y se hará obra de noble y digno nacionalismo, evitando, al mismo tiempo, la muerte de Sucre, que hermana de las otras ciudades bolivianas, debe ser por ellas apreciada y atendida».

Cada sector del país, como cada miembro de nuestro propio organismo, está destinado a cumplir una función peculiar. Marcada ya la estructura política en la organización de la República, Sucre debe ser la ciudad selecta, destinada a mejorar el espíritu y a rendir culto a las tradiciones intelectuales. A ella debemos ir los bolivianos como los ingleses a Oxford o Cambridge y los alemanes a Heidelberg.

La ciudad de los rojos tejados, rodeada de verdes colinas, ha de recibir pronto, con la primera locomotora que atraviese su campiña, el estrecho abrazo de sus hermanas de la República. Llévemole, en el primer convoy, algunos centenares de muchachos que vayan a fundar la gran Universidad.

Así habremos hecho obra patriótica y de justicia.

La Paz, 28 de abril de 1927

